

# EL LIMPIABOTAS

mayo 27/38 Avance

Por R. Pertierra del Río

El limpiabotas existirá en todas las ciudades del mundo, pero no por eso el nuestro dejará de ser criollo.

Y sobre todo si consideramos al limpiabotas de pueblo, al del clásico «cajón», que no obstante las transformaciones de casi todas las instituciones ambulantes en establecimientos aún subsiste, aunque sus ganancias no tengan nada de enviables.

La aparición del limpiador de calzados es imposible determinarla, por cuanto siempre han existido zapatos sucios y limpiadores de ellos.

En Cuba, hubo un tiempo en que el limpiar botas llegó a ser una institución, criolla por el modo como era practicada.



En el pueblo de campo por ejemplo, el limpiabotas venía a ser factor importante en la colectividad, no faltando las diferencias que siempre existen en las comunidades; pues entre la misma institución, los había de «prestigio», verdaderos éticos del negocio que jamás cobraban sobre precio y que se afanaban en cumplir con el cliente; y hasta existían los «magnates» del «oficio» acaparadores de los mejores pies del pueblo, tales como los de los hijos del Alcalde o de alguna familia rica.

La iniciación en el negocio se hacía, comenzando por adquirir o fabricar, según los recursos del aspirante, un artefacto de madera, de forma rectangular en su parte inferior y angular en su parte superior, rematado el vértice de este último, por una tabla alargada y modelada de tal modo que asemejara la plantilla de un zapato. Ya con esto, se dedicaban a adquirir el material que exigía el oficio, así como cajas de betún, pomos de tinta rápida, un cepillo suave y un paño de

casimir, y con este «equipo» el limpiabotas se lanzaba a la calle, llevando en la mano asido por una abertura destinada a guardar el material, su inseparable «cajoncito», que con letras muy visibles daba a conocer el precio de sus servicios. Al principio el limpiabotas no bajaba de 5 centavos; pero cuando «la cosa apretó» se hizo necesaria la rebaja a 3 a 2 centavos.

Luego cuando aquel período, en que se puso de moda los sindicatos y huelgas... estos obreros «del lustre» por no ser menos formaron su sindicato. Y en una ciudad del interior tuvo ocasión de ver la reunión más típica y original que aquella avalancha de problemas trajera consigo. En el portal de una casa tomaron asiento los componentes de la asamblea, formando un círculo alrededor del «Sr. Presidente» que

ocupaba el quicio de una puerta; gracioso efecto el que producían los «delegados» sentados sobre sus «cajoncitos», y más aun la gravedad con que eran escuchados los orado-

res, que con vocabulario «saludado» de «haigas» y «antonces», enfocaban con seriedad los puntos básicos de «la Jutisia Sociá» y en cuya reunión se tomó el acuerdo de implantar el precio mínimo de cinco centavos, acuerdo que fracasó al ser aplicado, cuando el capital fué al retraimiento.

El limpiamotas tenía como cualquier comerciante sus negocios de bolsa, así estaba al tanto de todo aquel que comprara zapatos para recordarle el que pidiera una caja de betún de «contra» la cual luego ellos adquirirían por medio de un contrato por el cual se comprometían a hacerle cinco o diez limpiezas por la adquisición del betún.

Algo curioso en el limpiabotas es la mímica de que se valía para ofrecer sus «servicios» y así cuando venía un par de zapatos que por su aspecto delataran los recursos de su dueño, levantaba la mano señalando sus zapatos con un dedo dirigiendo una mirada expresiva al «cajón» que colgaba de su hombro por una correa.

Si el marchante accedía, el limpiabotas lo invitaba a sentarse en el banco más cercano, instándole a colocar un zapato sobre la «plantilla» del cajón, comenzando su labor, por quitar el lodo con una esponja para luego, untarlo de betún haciendo girar para ello sus dos dedos sobre la pasta para luego frotarlos sobre la piel, que más tarde quedaría reluciente. Para darle a entender al marchante que debía cambiar de pie, el limpiabotas daba un ligero golpe con el dorso del cepillo en un costado del cajón.

Los veteranos del oficio llegaron a adquirir tal habilidad en el manejo del cepillo y del paño que algunos le daban tal ritmo que a veces eran verdaderas piezas musicales de sabor africano.

Pero ya el limpiabotas ambulante

va desapareciendo para ser sustituido por el salón de sillones y demás comodidades que dan cierta severidad al negocio y que restan tipicidad a la institución. En la actualidad quedan por la calle muy pocos y sus ganancias no llegan en todo el día a unos centavos.

Simpático resulta el limpiabotas ambulante, porque su origen fué algo puramente social, el deseo del muchacho pobre de ganar algo con un oficio sencillo, un razgo de honradez que nos mueve a sentir admiración por los que desde temprana edad tratan de romper el mal ambiente de la necesidad, verdadera cuna de la delincuencia.

